

ble y Leal Ciudad de Tepic," publicándose en México la real orden por el virey D. Francisco Javier Venegas, el 26 de Setiembre de 1812. Estas fechas nos dan además la época desde que Tepic se halla filiado en la bandera de los amigos del retroceso y despotismo, que por apodo se titula del orden; debiéndose á unos cuantos ciudadanos los muy pocos casos en que Tepic se ha manifestado con ideas de independencia y progreso. Hace tiempo se encuentra dominado por el mas gran bandido que se ha conocido en México; debiéndose esta situacion á vecinos que por sus posibles y su posicion social, debian haber sido no la ruina, sino los principales promovedores del progreso y bienestar del 7º canton.

LAGOS DE MORENO.—La audiencia de Guadalajara, el 15 de Enero de 1563, dió comision al juez Hernan Martel, para que fundase un pueblo de españoles en los llanos de Zacatecas, en un sitio cerca de unas lagunas, que él llamaga Lagos, dándole el nombre de "*Villa de Santa María de los Lagos,*" con el fin de evitar las muertes y robos que cometian en los caminos los indios chichimecas. El plan de division territorial de 28 de Enero de 1824 mandado observar el 27 de Marzo siguiente, le dió el título de ciudad; y el decreto número 207, de 9 de Abril de 1829, la denominó Lagos de Moreno, en conmemoracion del patriota independiente C. Pedro Moreno.

BARCA.—En Diciembre de 1529, pasó Nuño de Guzman por este punto, dándole el nombre de Barca de Chinagatengo. En 1553 se confirmó el nombre de Santa Mónica de la Barca, dándole posesion al cacique Simon Jorge de Verapaz del terreno del Roble, facultándolo para que por la fuerza sacase de los pueblos conquistados las familias necesarias para poblar el sitio, auxiliado por treinta españoles. Fué erigida á la categoría de ciudad en la fecha y por el mismo plan que á Lagos.

SAYULA.—Antes de la conquista, Zaulan, perteneciente al reino de Colima, siendo su linderio Norte: fué conquistada por Alonso de Avalos en 1527, como cabecera de la provincia de Avalos; se le dió el título de villa y el de ciudad en 1824, por el plan de division ya citado.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

VIAJES A MÉXICO EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

SIGLO XVI.

VIAJES DE VARIOS INGLESES Á LA NUEVA-ESPAÑA,
SACADOS DE LA COLECCION DE HAKLUYT Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO
POR EL SOCIO DE NUMERO
JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.

[CONCLUYE].

VII.

Tercero y penoso viaje que hizo Mr. Juan Hawkins con el «Jesus de Lubeck,» el «Minion» y otros cuatro buques, á las tierras de Guinea y á las Indias Occidentales en los años de 1567 y 1568.

Salieron de Plymouth los buques el dia 2 de Octubre de 1567, y tuvimos tiempo favorable hasta el 7, dia en que estando á cuarenta leguas N. del cabo de Finisterre, se levantó una violenta tempestad, y duró cuatro dias con tal fuerza, que dispersó la flota. Perdimos todas las lanchas, y el «Jesus» quedó tan maltratado, que no se le creyó capaz de continuar el viaje, de suerte que aun ántes de cesar la tempestad, hicimos rumbo de vuelta, determinados á desistir de nuestra empresa; mas el dia 11 amainó el viento y aclaró el tiempo, con lo cual nos animamos á llevar adelante la expedicion, como lo hicimos, encaminándonos á las islas Canarias, en una de las cuales, llamada la Gomera, se reunieron, conforme á una orden anticipada, todos nuestros buques dispersados por la tormenta. Hecha la aguada, salimos el 4 de Noviembre en direccion á la costa de Guinea, y arribamos el 8 á Cabo Verde. Desembarcamos ciento cincuenta hombres con esperanza de hacernos de algunos negros; pero fueron muy pocos los que se consiguieron, y eso con gran daño y quebranto de nuestra gente, ocasionado en su mayor parte por las flechas envenenadas; pues aunque al principio las heridas parecian pequeñas, raro escapó de aquellos á quienes llegaron á sacar alguna sangre, sino que murieron de extraña manera, con las

bocas cerradas desde unos diez días ántes de morir, y ya que las heridas estaban cicatrizadas. A mí me tocó una de las mayores heridas, pero gracias á Dios escapé. Desde allí estuvimos pasando el tiempo en la costa de Guinea hasta el 12 de Enero, registrando con toda diligencia los rios, desde Rio Grande hasta Sierra Leona, y para entónces apenas habíamos reunido ciento cincuenta negros; pero lo avanzado de la estacion y las enfermedades de la gente nos obligaban á marcharnos. No teniendo, pues, los suficientes para ir á las Indias Occidentales, entré en consulta con los demas, sobre ir á la costa de la Mina, con la esperanza de obtener allí oro en cambio de mercancías, y costear así nuestros gastos; pero en aquel mismo instante llegó un negro, enviado por un rey á quien oprimian otros reyes sus vecinos, pidiéndonos auxilio, y ofreciéndonos que pondria á nuestra disposicion cuantos negros se tomasen en la guerra, tanto por su parte como por la nuestra. Visto eso determinamos darle auxilio, y enviamos ciento veinte hombres que el día 15 de Enero asaltaron un pueblo de negros enemigos de nuestro aliado. Tenia el pueblo ocho mil habitantes, y estaba fuertemente cercado con estacadas á su modo. Defendieronle tan bien, que los nuestros fueron rechazados con pérdida de seis muertos y cuarenta heridos, por lo cual me enviaron á pedir refuerzo. Considerando yo que el buen éxito de esta expedicion contribuiria grandemente al provecho del viaje, fuí en persona, y con ayuda del rey nuestro aliado acometimos el pueblo por mar y tierra: con dificultad, y apelando al fuego (porque las casas estaban techadas con hojas secas de palma), conseguimos la entrada y pusimos en fuga á los habitantes. Tomamos doscientas cincuenta personas, hombres, mu-

geres y niños, y nuestro aliado hizo seiscientos prisioneros, de los cuales creiamos que nos daria una parte; pero como en esa nacion rara vez ó nunca se trata verdad, aquello era en lo que ménos pensaba el negro, sino que en la misma noche alzó su campo y sus prisioneros, de suerte que hubimos de contentarnos con los que habíamos cogido.

Puesto que ya teníamos juntos de cuatrocientos á quinientos negros, juzgamos prudente irnos con ellos hácia las costas de las Indias Occidentales, donde por los dichos negros y otras mercancías que teníamos, esperábamos conseguir lo necesario para cubrir los gastos y sacar alguna utilidad. Procedimos, pues, á ello con toda diligencia, hicimos agua y leña, y nos apartamos de la costa de Guinea el 3 de Febrero. Con travesía mas penosa de lo acostumbrado, dimos vista el 27 de Marzo á una isla llamada Dominica, junto á la costa de las Indias Occidentales, en 14 grados. Desde allí fuimos costeano de un lugar á otro, comerciando como podíamos con los españoles, aunque con bastante dificultad, porque el rey tenia severamente prohibido á los gobernadores de aquellas partes, que bajo ningun pretexto permitiesen comerciar con nosotros. A pesar de eso, recibimos buena acogida é hicimos razonable negocio desde la isla Margarita hasta Cartagena, sin que ocurriese cosa digna de referirse, salvo en el cabo de la Vela, en un pueblo llamado Rio del Hacha, de donde vienen todas las perlas. El tesorero que mandaba allí no quiso absolutamente consentir comercio alguno, ni aun siquiera que hiciésemos aguada. Habia fortificado el pueblo con diversos baluartes en todas las entradas, y provístose de cien arcabuceros, pensando que por hambre nos obligaria á echar en tierra los

negros, en lo cual no se habria engañado mucho, á no ser que nosotros, viendo que no habia medio de alcanzar su favor, nos resolviéramos á entrar al pueblo por fuerza, como al fin tuvimos que hacerlo, atacando con doscientos hombres los baluartes y tomando el pueblo, con pérdida de solo dos hombres de nuestra parte, y ninguna de parte de los españoles, porque despues de hacer una descarga, huyeron.

Una vez posesionados nosotros del pueblo, se estableció un comercio secreto, tanto á causa de que los españoles necesitaban negros, como porque el tesorero lo toleraba; así es que los españoles acudian á nosotros de noche, y nos compraron hasta doscientos negros. En todos los demas lugares en que comerciamos, los vecinos españoles se alegraban de vernos, y venian á contratar de buena gana.

En Cartagena, último lugar que pensábamos haber visitado en aquellas costas, no pudimos en manera alguna tratar con ningun español, merced á la inflexible rectitud del gobernador; y como ya estaba casi acabado nuestro comercio, no quisimos ni aventurar un desembarco, ni perder mas tiempo, sino que pacíficamente nos marchamos el 24 de Julio, creyendo escapar de la estacion de las tormentas que comienzan allí un poco mas tarde y llaman *huracanes*; pero al pasar por la punta occidental de Cuba, en direccion á la costa de la Florida, nos asaltó el 12 de Agosto una horrible tormenta que duró cuatro días, y maltrató el «Jesus» hasta desarbolarle de todos los masteleros, y desquiciar malamente el timon, estropeándole en general de tal modo, que estuvimos á punto de abandonarle allí, mas bien que seguir cuidándole; pero con la esperanza de sacar todo á salvo, buscamos la costa de la Florida, donde no hallamos fondeadero para

nuestros buques, á causa de la poca profundidad. Viéndonos en situacion tan desesperada, y acometidos por una nueva borrasca que duró otros tres días, nos fué preciso acogernos al puerto de que se sirve la ciudad de México y se llama San Juan de Ulúa, en 19 grados. Tratando de tomar ese puerto, cogimos de paso tres buques con unos cien pasajeros, que pensábamos nos servirian de medio para obtener con mas facilidad víveres por nuestro dinero, y un lugar seguro en que reparar nuestra flota. Poco despues, el 16 de Setiembre, entramos en el puerto de San Juan de Ulúa: al vernos llegar, creyeron los españoles que era la flota de España, á cuya causa las principales autoridades de la ciudad vinieron á nuestro bordo, y no fué poco su asombro y temor cuando conocieron su engaño; pero se tranquilizaron al saber que no queríamos mas que víveres. Hallé en el dicho puerto doce buques que, segun dijeron, contenian doscientas mil libras esterlinas en oro y plata. Todo eso estaba en mi poder, juntamente con la isla y los pasajeros que de paso habia tomado; mas los puse en libertad, sin quitarles ni el valor de un ochavo. Solamente porque no queria yo sufrir retardo en mi intento, detuve dos personas de cuenta, é inmediatamente despaché un correo á México, que dista doscientas millas, manifestando al presidente y audiencia de aquella capital, que habiendo arribado allí por fuerza de tiempo, necesitábamos carenar nuestros buques y tomar víveres, pagando todo, lo cual esperábamos se nos otorgase, como á amigos que éramos del rey D. Felipe; pediamos ademas al presidente y audiencia, que sin tardanza tomasen providencias para que á la llegada de la flota, que se aguardaba por momentos, no surgiera motivo de discordia entre ella y no-

sotros, sino que para mayor firmeza de la paz hubiera órdenes tuyas al efecto. Despachado este correo en la noche del 16 de Setiembre, día mismo de nuestra llegada, á la mañana siguiente se presentaron á la vista del puerto trece velas grandes, y entendiéndose que era la flota española, en el acto mandé participar al general de ella, que allí estaba yo, dándole á entender que antes de permitirle la entrada al puerto, debía mediar algún convenio entre nosotros, para que estuviésemos seguros, y la paz no se turbara. Es de saber que este puerto se forma de una isleta de piedra que en lo mas alto no sobresale del agua tres piés, y por cualquier rumbo no tiene mas extension que un tiro de ballesta: el doble, ó algo mas, dista de la tierra firme, y no hay en toda aquella costa otro paraje donde los buques puedan estar con seguridad, porque el viento norte sopla con tal violencia, que si los buques no están firmemente amarrados, con las anclas aseguradas en la dicha isla, no hay mas remedio que perecer, cuando sobreviene un norte. El fondeadero es ademas tan estrecho, que los buques tenían que quedar unos al costado de otros, y ni nosotros podíamos dejarles lugar á ellos, ni ellos á nosotros. Desde entónces comencé á lamentar lo que al fin sucedió; porque decia yo para mí: entre dos riesgos me veo, y he de correr uno de los dos: ó impido á la flota la entrada al puerto (lo cual me consideraba capaz de hacer, con el favor de Dios), ó los dejo que entren con su conocida traicion, que nunca dejan de ejecutar, tan pronto como hallan ocasion, sea la que fuere. Si no los hubiera dejado entrar, se habria perdido indudablemente toda la flota, que traia seis millones, ó sea un millon y ochocientas mil libras esterlinas, y no me hallaba con ánimo para cargar con semejante responsabilidad, temiendo la indignacion de la reina en caso tan grave. Y considerando conmigo mismo estas dudas, juzgué preferible exponerme á lo dudoso y no á lo cierto. Lo dudoso era, á mi juicio, la traicion, que tenia esperanzas de evitar con buena política; y escogiendo así el menor mal, procedí al concierto. Volvió de la flota mi primer enviado, trayendo noticia de que en ella venia un virey con autoridad no solo en todas las provincias de México (por otro nombre Nueva-España), sino tambien en el mar, quien nos mandaba decir que enviásemos nuestras condiciones, y por su parte, para afirmar la amistad entre ambas coronas, serian tan favorablemente otorgadas, como fielmente cumplidas; añadiendo ademas otras buenas palabras, de que á su paso por la costa de las Indias habia sabido el buen tratamiento hecho á los habitantes en todos los lugares donde habiamos estado, lo mismo que á los de aquel puerto, á quienes habia yo dejado en libertad. Y volviendo á nuestra demanda, pediamos que se nos proporcionasen víveres por nuestro dinero, y se nos diese licencia de vender lo necesario para atender á nuestras necesidades; que de ambas partes se entregasen en rehenes doce caballeros, como seguro de la paz; que para mayor seguridad nuestra, quedara en nuestro poder la isla, miéntras permaneciésemos allí, así como la artillería que en ella estaba puesta, y eran once piezas de bronce, y por último, que no entrase en la dicha isla español alguno con armas de ninguna clase. Al principio no le agradaron estas condiciones, sobre todo la de conservar nosotros la isla, pues teniéndola ellos, pronto nos habrian despachado, porque al primer norte nos hubieran cortado las amarras y habriamos ido á la costa; pero al cabo concedió todo, reduciendo úni-

camente á diez los doce rehenes, que en el acto fueron cambiados, con un escrito del virey, firmado de su puño y autorizado con su sello, en que constaban las cláusulas del convenio. En seguida se dió á son de trompeta un pregon, mandando que de ambas partes ninguno fuera osado de quebrantar la paz, so pena de muerte. Tambien se acordó que se verian los generales de ambas flotas, y se darian mútua fé de guardar lo estipulado, como se hizo. De esta manera á los tres días quedó concluido todo, y entró la flota en el puerto, saludándose una á otra segun uso de mar. El juéves llegamos, como ántes dije; el viérnes apareció la flota española, y el lúnes por la noche vino al puerto; trabajamos luego dos días en poner á un lado los buques ingleses y al otro los españoles, mediando muchas protestas de recíproca amistad entre los capitanes y demas gente de ambas naciones, lo cual era tan sincero por nuestra parte, como fingido por parte de los españoles, puesto que de tierra les habian enviado un refuerzo hasta de mil hombres, y pensaban dar por todas partes sobre nosotros el próximo juéves 23 de Setiembre á la hora de comer. Ese mismo juéves por la mañana, acercándose ya la hora de la traicion, se comenzaron á notar algunas señales de ella, como trasladar armas de un buque á otro, poner artillería en ellos, y asestarla contra la isla que los nuestros guardaban; mover tropas mas de lo necesario y acostumbrado, y otros muchos malos indicios que nos obligaron á mandar preguntar al virey qué significaba aquello. Dió inmediatamente orden de quitar todo lo que pudiera infundir sospecha, y nos envió á decir que él, bajo la fé de virey, seria nuestro escudo contra cualquier villanía. Mas no satisfechos nosotros con esa respuesta, porque sospechábamos que habia mucha gente escondida en un gran barco de novecientas toneladas anclado junto al «Minion,» enviamos nueva embajada con el maestre del «Jesus,» que sabia el español, para preguntar al virey si aquello era ó no cierto. Viendo entónces el virey que ya su traicion iba á ser descubierta, detuvo al maestre, hizo tocar las trompetas, y fuimos embestidos por todos lados. Los nuestros que guardaban la isla, sobrecogidos de súbito terror, cedieron, pusieronse en huida, y trataron de acogerse á los buques: los españoles, que estaban ya preparados para ello, desembarcaron por todas partes en gran número, lo cual podian hacer fácilmente desde sus buques, sin necesidad de botes, y mataron desapiadadamente á cuantos encontraron en tierra, excepto unos pocos que alcanzaron el «Jesus.» El barco grande que calculábamos tenia escondidos los trescientos hombres, abordó inmediatamente el «Minion;» pero á Dios gracias, cuando entramos en sospecha, que seria una media hora ántes, habiamos preparado el «Minion» y perdiendo las amarras de proa, se largó á la espía por las de popa, de cuya manera se libró de la violencia del primer empuje de aquellos trescientos hombres. Pasado adelante el «Minion,» abordaron el «Jesus,» que con mucha dificultad y considerable pérdida de gente se defendió y preservó tambien. En aquel mismo instante cayeron sobre él otros dos buques, de manera que se vió en grande apuro para poder desamarrarse; mas al cabo de un rato conseguimos cortar las amarras de proa y largarnos á la espía por las de popa. Cuando ya el «Jesus» y el «Minion» se hubieron puesto á dos cuerpos de distancia de la flota española, la pelea se enardeció tanto por todas partes, que dentro de una hora fué echada á pique la capitana espa-